

edificio, mientras los más atrevidos parodiaban los actos del culto.

Terminaban estos espectáculos, conocidos en algunos libros de liturgia católica con el nombre de *Libertad de Diciembre*, con la *Fiesta del burro*, última que se celebraba, de la cual no sabemos si pensar con Lacroix, que era una reminiscencia de las que celebraba el paganismo en honor del asno de Sileno, ó si era simplemente una alusión á la ignorancia del clero. Creen otros que se celebraban en recuerdo de la burra de Balán, del pollino que se dice habia en el establo de Belen cuando nació el Cristo, y del no ménos digno de memoria, sobre el cual hizo su entrada en Jerusalem. Vestido de pontifical, abrumado bajo el peso de costosísimas vestiduras bordadas de oro y plata, conducíase el pollino al templo, donde fingia tomar parte en la misa, trasladándose, oportunamente guiado, del sitio de la epístola al del Evangelio, mientras el pueblo mezclaba con las graves y solemnes voces del canto llano, los gritos avinados con que entonaba cánticos de prosa bíblica, y los niños agitaban incensarios colgados de embutidos en los que ardian materias cuya combustión esparcía en la atmósfera los más fétidos olores.

La representación de estos excesos, la reproducción por medio del lápiz de estas fiestas, dió origen á un sin número de composiciones, viñetas, orlas, adornos y dibujos que exornan misales, breviarios, libros de horas y de coro que se conservan, especialmente en las bibliotecas de Alemania y en la nacional de Francia.

De tales motivos de inspiración, con semejantes elementos y tal espectáculo ante los ojos, fácil es figurarse qué partido sacarían los dibujantes, hijos de aquel pueblo fanático, pero de criterio algo más elevado que el resto de sus oprimidos hermanos, y dispuestos siempre, según sus obras demuestran, á dejar en la piedra y la vitela una sátira contra las costumbres ó las ideas, ya que la caricatura personal era todavía imposible de hacer sin grave peligro de atraerse desgracias sin cuento.

La Edad Media ofrece, finalmente, una caricatura viva; el bufon: una creación que solo puede concebirse en una época en que, por lo general, los pueblos de cuyo seno salían aquellos infelices y repugnantes seres merecía la esclavitud en que gemían.

De muy antiguo databa ya en la Edad Media el mantener bufones en las cortes, no solo de los reyes sino también de los seño-

res feudales: cítanse, entre otros de los que se hicieron célebres, los arlequines contemporáneos de Atila y el Andrés, de Totila, que fué considerado como brujo. Más tarde habian de hacerse notables el Triboulet de Francisco I, el Gonella del duque de Módena, y el Angelly de Luis XIV, último bufon de los reyes de Francia.

Tampoco en España faltaron estos seres degradados. Llamábanse en Castilla antiguamente *matachines*, usaban carátula, traje ajustado hasta los piés y, como armas, espadas de palo ó vegigas llenas de aire.

Velazquez immortalizó en sus lienzos á varios sucesores de aquellos; al *Niño de Vallecas*, al *Bobo de Coria*, *D. Antonio el inglés*, *D. Sebastian de Morra*, *el Primo*, *Pernia*, y *Publillos de Valladolid*, *ruindades vivientes*, como las llama el ilustrado crítico D. Pedro de Madrazo, que no eran sinó bufones ú *hombres de placer* del rey que se dejó arrancar á Portugal, mientras el Buen-Retiro era lo que habia de ser más tarde, si no por su grandeza y lujo por sus inmoralidades y sus vicios, el Versalles de Luis XIV.

Los bufones eran hombres que, deformes desde su nacimiento ó su infancia, destinaban, tal vez sus mismos padres, para divertimento y solaz del poderoso, en aquellos ratos en que la crueldad y la guerra no absorbían todas sus ideas. Era el hombre envilecido desde la cuna y destinado á provocar la risa de los grandes; se le educaba pensando en su desgracia, crecía viéndose despreciado y sirviendo de diversion y ludibrio á la sociedad de su tiempo; sin más amigos que el pregonero y el verdugo, llegaba á odiar cuanto le rodeaba, y, trocada en hiel la sangre, solo para el mal tenia ingénio. Infería con la palabra heridas peores que las del hierro, y cuando en los palacios de los reyes, hombres ilustres aguardaban temerosos una mirada del soberano, él, el payaso, el despreciado, el envilecido, penetraba orgulloso y risible en la cámara real, y tal vez, pensando que era hijo del pueblo, que habia nacido para ciudadano libre y no para histrion esclavo, decía al rey mostrándose á si mismo: "hé aquí tu cbra."

IV

"Gracia, dice Stendhal, ateísmo, venenos, mascaradas, asesinatos, algunos grandes hombres, un número infinito de malvados

hábiles y sin embargo desgraciados, por do quiera ardientes pasiones en toda su salvaje fiereza; hé aquí el siglo décimo quinto."

De un lado emperadores y reyes, grandes y magnates, príncipes y señores que echaban cuentas sobre las vidas de sus vasallos, como el mercader sobre sus ganados, disponiendo al presente de las de unos, guardando para el porvenir las de otros, pero destinándolas todas al cuchillo: de otra parte, Papas y cardenales, abades y primados, frailes é inquisidores, cuidaban de que en la frente de los hombres no madurara nunca el génio, de que no brotase chispa alguna que prendiera el peligroso incendio de la ciencia ó de la libertad. Pues si, á la verdad, los conventos fueron centros de vigorosa vida intelectual, estaban como apartados del mundo; las voces de los monges sábios no resonaban fuera de sus celdas, se extinguían en el mismo claustro en que nacían; aquello valia tanto como predicar la verdad bajo la losa de un sepulcro.

Un misterioso impulso movió por entonces á la Europa entera á lanzarse por la vía del estudio: prestó culto, al par que á la divinidad, á la inteligencia, oyó el grito con que la conciencia reclamaba su libertad, y una voz misteriosa murmuró al oído de los pueblos que el premio á su esfuerzo seria el progreso.

Débil y mortecinamente primero, brillante y esplendorosamente despues, el bien y la verdad se abrieron paso á través de grandes obstáculos y de montones de cadáveres; al mismo tiempo que la ciencia progresaba, la iba en sus obras reflejando el arte.

Tanta como habia sido la continencia y la humildad en épocas anteriores, fueron entonces la riqueza y la soberbia. Europa pareció trasladarse del retiro de un asceta al camarín de una cortesana. El estudio de lo antiguo descubrió el pasado, y la avidez de gloria y de placeres, aunque hasta aquel tiempo inusitadas, aunque grandísimas, aparecen aun mayores porque contrastan con la vida de los siglos que precedieron. El noble empezó á sustituir al hierro los brocados, como luego, más debilitado, sustituyó el raso á los brocados; las paredes de los castillos se cubrieron, no con armas, sino con tapices y pinturas; fué enaltecida la mujer, á las continuas y sangrientas luchas de señor á señor, fué poco á poco sucediendo otro género de combates más productivos, y sobre todo más pacíficos; las justas de la inteligencia y el saber: los mismos que antes se cazaban en los campos como fieras, acudían á los pa-

lacios de sus antiguos enemigos, y aunque al rayar el dia combatesen, discurrían durante la noche en provechosas disertaciones, ó escuchaban leer las obras de los poetas que cantaban en las nuevas lenguas de los nuevos pueblos.

A este movimiento de avance en el camino de la civilización obedeció el progreso de las artes, que fué á la vez efecto y causa, y que, por las fuentes de donde procedía, tuvo un carácter definitivamente pagano. Los restos griegos y romanos, el estudio de la Naturaleza, y aquella sed insaciable de placeres de una sociedad que parecia despertar de larga pesadilla, formaron la fisonomía de los siglos más gloriosos de la vida del arte á que los pueblos asistieron como á un banquete arrojando el sudario que les envolvía en la Edad Media.

¡Singular contraste el que ofrecen aquellos tiempos, extraña amalgama de la más guerrera barbarie y la más refinada civilización! Las luchas de ciudad á ciudad, y de familia á familia, continuaban como en épocas anteriores y el lujo y la magnificencia invadían, no solamente las más elevadas esferas sociales, sino hasta la vivienda de las gentes de más humilde condición. Manteníase vivo el sentimiento religioso en unos, llegando en muchos al más criminal y estúpido fanatismo, que aparecía tanto mayor cuanto más escandaloso era el escepticismo de otros; la galantería y la caballerosidad resaltaban junto á la crueldad y el olvido de todo principio de moral, la seguridad personal apenas existía, y el brillo de las más austeras virtudes aparecía empañado por los más infames vicios. Combatían los reyes como paladines de torneo, escribían los clérigos como trovadores, publicaban libros obscenos los cardenales del Sacro Colegio, hacían unos artistas vida ascética, y continuamente respiraban otros la atmósfera de la crápula y el crimen.

El arte, como reflejo de todas las ideas y de todos los tiempos, nos ha legado las de aquellos siglos: las obras de sus pintores y poetas son las mejores crónicas que de esas centurias poseemos. Desde el más exagerado misticismo hasta los vicios más escandalosos, todo ha llegado á nosotros, todo lo conocemos; los éxtasis de Fray Angélico, la unción religiosa de Baccio de la Porta, las impudencias del Aretino y las maldades de Benvenuto Celini. Los pintores cubrían con los cendales de las vírgenes los rostros de las cortesanas, y la

muchedumbre se prosternaba ante las imágenes de la Bina y la Morrella, al contemplarlas en los altares doblemente deificadas por el arte y por la religión; las obras de los antiguos filósofos eran estudiadas con avidez, dadas á completo olvido las de los padres de la Iglesia; al mismo tiempo que Cosme de Médicis tenía cuarenta y cinco copistas para su biblioteca, y cuarenta amanuenses el duque de Urbino, nadie se acordaba de los escritos de los grandes filósofos cristianos. A la *Ciudad de Dios* se prefería la *Lógica* de Aristóteles, las *Biografías* de Plutarco á las vidas de los mártires. Véase junto al amor caballeresco el más inmundo desenfreno; junto á la más sentida piedad, las más grandes infamias; junto á la mansedumbre más evangélica, la más satánica soberbia; la tiara pontificia descansaba en las sienes de Papas que fueron personificaciones de su tiempo; á la vez religiosos y guerreros, fanáticos y escépticos, casi todos políticos hábiles, maquiavélicos muchos, y no pocos, más dignos de empuñar el cetro de los emperadores monstruos de la Roma pagana, que de ocupar la silla del vicario de Cristo.

En estos tiempos se inicia y realiza la reforma luterana, uno de los hechos más gloriosos de la historia del mundo.

En esta época, más que otra alguna digna de la sátira, y madre de los primeros poetas satíricos de los tiempos modernos, la caricatura, que continúa siendo el desahogo del oprimido y la única crítica de las costumbres, empieza á realizar un progreso notabilísimo, emprendiendo nueva ruta; pónese al servicio de las ideas y toma un carácter más digno de estudio y más conforme á su índole.

Hasta entónces, la caricatura no había tenido, puede decirse, verdadera intencion; había sido manejada por humildes artífices más que por inteligentes artistas, carecía de intencion; aquellos interpretaron fiel é inconscientemente los sentimientos de su tiempo, ahora ya, en manos de hombres de verdadero génio, la veremos obedecer á ideas propias, individualizarse, por decirlo así, y hasta afiliarse á un partido haciendo cruda guerra á su contrario; de esta suerte lucharon católicos y reformistas. Y en verdad que éstos emplearon el ridículo como arma, con mucho mejor tino que los italianos; lo cual se explica claramente recordando que éstos eran católicos en su mayor parte, y pretendían realizar en sus obras la *certa idea* de Rafael, la belleza ideal, al paso que los protestantes se inspiraban, no en las ideas del hombre, sino en sus costumbres,

y hasta en los más insignificantes momentos de la vida del hogar, siéndoles, por tanto, más fácil explotar el elemento cómico.

Muchos italianos hicieron, sin embargo, buenas caricaturas. Hasta Miguel Angel (1474-1564) empleó su poderoso génio alguna vez en trazar figuras burlescas.

Bagio de Sienna, cardenal y maestro de ceremonias de Paulo IV, criticó acerbamente las desnudeces del *juicio final* de la capilla Sixtina, y el Buonarrotti le colocó, despues, entre los condenados al eterno fuego con orejas de pollino.

El inmortal Leonardo de Vinci (1452-1519), relataba á los hombres del pueblo cuentos de sucesos extraordinarios y les pagaba el vino que bebían, complaciéndose luego en dibujar los rostros risueños de los asombrados aun por la impresion que en ellos causaba lo risible y sobrenatural. "Si es posible, decia el Vinci, debe hacerse reír hasta á los muertos."

Annibal Carraccio (1560-1609), pintó cuadros de composiciones satíricas, llenas de gracia é intencion: de él dice Lanzi que "nadie supo empaparse mejor del espíritu de la caricatura, y fijar el punto en que la exageracion no desfigura la verdad."

El florentino Baccio del Bianco (1604-1656) hizo dibujos burlescos, comparsas de enanos y animales fantásticos, y el veneciano Pedro Bellotti (1625-1700), fué el primero que trazó caricaturas personales, especialmente de viejos.

Entre los artistas alemanes y holandeses, sobresalió en esta clase de trabajos, á pesar de haberse inspirado en la severa escuela de Brujas, el célebre Martin Schongauer (1420-1488), á quien sus compatriotas atribuyen la invencion del grabado en talla dulce, pero sus obras de este género no han llegado hasta nosotros.

Afortunadamente no sucedió lo mismo con las de Jerónimo Van Aeken (1450-1516), conocido por Bosch ó el Bosco: él y Van Ouwater fueron de los primeros que emplearon en Holanda el procedimiento al óleo descubierto por los Van Eyk. Sus trabajos son de gran importancia en el presente estudio. Los maestros flamencos que le precedieron habían pintado, casi exclusivamente, santos y asuntos inspirados en los libros sagrados: Jerónimo Bosch imprimió nuevo rumbo al arte de su patria, creando aquel género fantástico y extravagante que llegó á formar una verdadera escuela. Nació en Bois-le-Duc, y segun la costumbre de su tiempo, debió llamarse

27879

Jerónimo Van Hertogen-bosch, nombre del pueblo que le vió nacer en lengua holandesa, mas por una contraccion harto frecuente, solo conservó la última sílaba.

Tres clases de obras ejecutó comunmente: unas inspiradas en la vida del Cristo, otras que representan tentaciones de santos á quienes persigue y acosa el maligno espíritu, y finalmente aquellas que son alegorías y representaciones simbólicas del pecado.

Ya el siglo xvi se conocia en Amsterdan su burlesca *Huida á Egipto*: pero sus obras principales se conservan en España, porque se adaptaban á la lúgubre piedad de nuestro pueblo feroz, dice Michiels, historiador de la pintura flamenca, todavía animado del odio que hacía nuestra patria inspiró en la suya la bárbara dominación de Felipe II. En el Escorial se custodia el famoso tríptico del Bosco designado con la bíblica frase *omnis caro foenum*, toda carne es heno; tríptico cuya composición central representa el carro de los placeres cargado de heno, que sustenta grupos de empedernidos pecadores, tirado por espantables mónstruos, precedido por los demonios y seguido por la muerte avara de su presa.

Nuestro Museo Nacional guarda en sus salas algunas obras de Van Aeken, cuyo exámen puede dar idea de aquella fogosa imaginación. (1) Hasta en las composiciones serias de este artista se revela su exaltada fantasía como sucede con el cuadro de nuestro Museo la *Adoracion de los reyes magos*. (2)

Gerónimo Bosch pintó tambien multitud de *Kermeses* ó fiestas populares de los Países Bajos precediendo en este género á Steen, los Teniers, Brawer, Van Ostade etc.; pero su principal gloria está en aquellas burlescas y terroríficas concepciones en que recuerdan sus pinturas los tercetos del Dante. Las estrañas combinaciones y los contrastes de la luz y la sombra de sus cuadros, el vigor del claro oscuro, la rareza de algunos tonos, su original y fantástico dibujo, todo contribuye á formar un estilo y una personalidad original, grandiosa y sobre muchas digna de estudio. Observando sus lienzos, se ven en ellos rasgos de pintores que distan de parecersele, y que sin embargo, presentan con él puntos de contacto.

El célebre Quintin Metsys (1460-1531) hizo tambien obras có-

(1) Números del Catálogo 1176—1177—1178—1179—1181.

(2) Número del Catálogo 1175.

micas que con frecuencia los italianos atribuyen al Vinci, por la dulzura suavidad y transparencia de algunas tintas que en él recuerdan la manera de los artistas de Lombardía.

Lucas Cranach (1472-1553) ilustró con grabados la famosa obra la *Pasion de Cristo y el Antecristo*; cada una de sus páginas ostenta dos dibujos; en uno correctamente dibujado se rinde tributo de admiración á las virtudes del Cristo, y en otro, grotescamente delineado, se critica la corrupcion papal; véase al lado del pobre y caritativo mártir del Calvario, los ricos y soberbios sucesores de San Pedro que en tiempos del pintor ocupaban la silla del apóstol.

De igual modo estaba exornada la parábola *El buen y el mal pastor* y cuantos pasajes de los santos libros se prestaban á análogos paralelos favorables al ideal de los artistas protestantes, que comparaban de aquel modo la doctrina predicada con la practicada.

En nuestro Museo Nacional existe un cuadro de Joaquín Patinir (1485-1524), paisista de la antigua escuela flamenca, que representa las *Tentaciones de San Antonio*: (1) en un delicioso paisaje, diablos en forma de mujeres hermosas, le incitan, al pecado y una de ellas le ofrece la manzana emblema del fruto prohibido.

Hans Holbein (1498-1554), ilustró un ejemplar del *Elogio de la locura*, por Erasmo, aquel libro que atribuye á la falta de razon todas las dichas del mundo, y que al hablar de las locuras superstitiosas, dice que se han hecho permanentes por que determinadas clases han sabido sacar partido de ellas, alusion bien clara á la Roma que supo y sabe explotar la fecunda mina de la fe católica. Con una ironía desgarradora trazó además Holbein una serie de grabados en que, inspirándose en las obras de la Edad-Media, trazó su célebre *Danza de los muertos*, quizá la más importante de cuantas se conocen. Las iniciales de los capítulos de los libros que ilustró, formadas de arabescos, enlaces de líneas, flores, hojas, figuras, esqueletos, etc., son verdaderamente admirables; "sin salir de las dimensiones de una letra, dice Blanc, Holbein ha repetido veinticuatro veces el drama de la muerte;" "la escena, añade Renouvier, tiene veintidos milímetros cuadrados; pero, dad á Miguel

(1) Número del Catálogo 1523.